

CAPITULO IV.

1847-1848.

Operaciones militares en el sur de la península.—Los indios atacan por dos veces á Ichmul y acaban por sitiarse aquella poblacion.—D. Miguel Bolio la defiende heroicamente, pero al fin se vé obligado á abandonarla.—Reúnesele en Peto D. Eulogio Rosado, que habia sido enviado en su auxilio.—Medidas de D. Santiago Méndez para reprimir la insurreccion indigena.—Los amigos políticos de Barbachano procuran atraer á los indios á su partido.—Política que con este motivo desarrollan en el sur.—Sus desastrosas consecuencias.—Derrota de Gonotchel.—Situacion á que se vé reducido en Peto D. Eulogio Rosado.—Desocupa esta villa y se retira con su guarnicion á Tekax.—Siguen avanzando los indios y comienzan á destruir los alrededores de aquella ciudad.—Se adopta el sistema de guerrillas para combatirlos.—Barbachano es nombrado por el gobierno para conferenciar con los bárbaros, y se traslada á Tekax con una comision eclesiástica autorizada por el obispo.

En la época á que ha llegado nuestra historia, la insurreccion indigena comenzaba á avanzar casi simultáneamente por los partidos de Peto, Sotuta y Valladolid. Vamos á consignar en capítulos separados los sucesos ocurri-

dos en cada uno de estos tres partidos, con el objeto de hacer mas inteligible nuestra narracion. Comencemos por el primero.

El comandante D. Miguel Bolio, que segun dijimos en el capítulo anterior, habia salido de Valladolid con una fuerza respetable para volver al partido de Peto, llegó á Ichmul en los primeros dias de diciembre, despues de haber sostenido rudos combates con los sublevados que le atacaron varias veces en su tránsito. Ocupóse desde luego de preparar una expedicion que debia marchar á Tihosuco; pero vinieron á impedirlo los mismos indios, atacándole el dia 5 en su campamento. Cargaron con ímpetu en distintas direcciones, y aun intentaron levantar atrinchamientos á tres cuadras de la plaza. Pero la guarnicion se defendió con valor, y los agresores huyeron precipitadamente á las pocas horas, dejando regado de cadáveres el campo de batalla. La satisfaccion del vencedor hubiera sido completa, si no se hubiese visto rodeado de heridos, para cuya curacion no habia médico, ni botiquin, ni vendas, ni recurso de ninguna especie (1).

Los indios no escarmentaron sin embargo con esta derrota, y al dia siguiente volvieron á presentarse, anunciándose con alaridos que atronaban el espacio, y con las llamas que surgían de las casas que incendiaban. Las fuerzas de la plaza salieron á batirlos á la una de la tarde, y aunque encontraron al enemigo parapetado tras un gran número de trincheras que habian levantado durante el dia, volvieron á conseguir un completo triunfo sobre él, ahuyentándole hasta media legua de la poblacion (2). En muchos dias no volvieron á presentarse los sublevados, y esta circunstancia permitió al Sr. Bolio desprender de su campamento una columna de ciento cincuenta hom-

(1) Parte oficial de Bolio, publicado en el número 4 de *La Union*.
(2) Número 5 del mismo periódico.

bres, que puso al mando del oficial D. Víctor García, con el objeto de que reconociese los pueblos de Kancabchén, Tituc, Polyuc y Chuhuhub que carecían de guarnición. García recogió algún fruto de esta expedición, porque habiendo avanzado hasta Sacalaca, se le presentaron varios indios, manifestándole que no querían seguir tomando participio en la guerra, y con ellos dió la vuelta á su campamento (3).

Por halagüeño que hubiese podido parecer este resultado, los sublevados cuyo número aumentaba de día en día, se presentaron el 19 por tercera vez en Ichmul, y como la gritería con que se anunciaban segun costumbre, se oía por todas direcciones, la guarnición comprendió que se intentaba sitiaria. D. Miguel Bolio destacó inmediatamente de la plaza tres guerrillas que salieron á contener á los agresores; pero éstos cuyo número llegaba á seis mil, las hostigaron de tal manera que al cabo de dos horas, les habían ya hecho cuarenta muertos y setenta y cinco heridos. El peligro era inminente, y el mismo coronel Bolio y su segundo el capitán Baqueiro se pusieron al frente de nuevas fuerzas para salir á atacar á los sublevados en las posiciones que estaban tomando. Todo fué inútil. Los indios colocaron sus atrincheramientos donde mejor les convino, y cuando el sol desapareció del horizonte, el sitio de Ichmul estaba completamente cerrado.

Al día siguiente, las fuerzas del gobierno que apenas habían descansado de la fatiga anterior con un sueño intranquilo, hicieron algunos esfuerzos heróicos para desalojar á los indios de sus posiciones. Pero todos fueron inútiles, así en aquel día, como en los siguientes. Los sublevados en vez de cejar fueron aproximando paulatinamente sus trincheras hasta colocarlas á treinta varas de la línea

(3) Periódico citado número 7.

de defensa, y á medida que avanzaban iban incendiando las casas de la población, que era entónces una de las mas extensas de la península. Este sistema de ataque y la circunstancia de haber sido abandonado el pueblo por muchos de sus antiguos vecinos, agotó muy pronto los recursos de la guarnición, que se vió en peligro de perecer de hambre. Un convoy de víveres que se pidió á Peto para conjurar este riesgo, no pudo entrar en la plaza sitiada y aprovechó solo á los agresores.

Luego que el gobierno tuvo noticia de la crítica situación en que se encontraba D. Miguel Bolio, ordenó que marchase á socorrerle una fuerza de 800 hombres, que al mando de D. Eulogio Rosado había venido á Mérida con motivo del último movimiento de Cetina. El Sr. Rosado emprendió violentamente su marcha, no por el camino ordinario de la Sierra, sino por Sotuta, cuyo partido tenía orden de reconocer porque había sido invadido ya por los indios. Este itinerario perjudicó á los defensores de Ichmul, porque aquel se vió en la necesidad de detenerse en Tiholop, donde fué sitiado por los sublevados. Pero se defendió con valor y al fin obligó á huir á los agresores, haciéndoles algunos prisioneros. Estos fueron puestos en libertad el mismo día, con la esperanza, que no se realizó ciertamente, de que la generosidad del vencedor influyese en el ánimo de los rebeldes (4).

Cuando este suceso se verificó, D. Miguel Bolio había tomado ya una resolución extrema. El 24 de diciembre, cuando estaban próximas á agotarse las provisiones de boca, cuando cien heridos clamaban en el hospital, sin un médico que los asistiese, cuando en fin solo quedaba á la

(4) "La Union" número 10.—Esta conducta generosa no fué sin embargo imitada en todas partes, porque casi al mismo tiempo eran ejecutados en Mérida treinta y siete indios de los que habían cometido excesos mas punibles en Tepeich, en Ekpeé y en el partido de Valladolid.

guarnicion el parque necesario para abrirse paso entre los sitiadores, el jefe de la plaza se vió en la necesidad de ordenar su desocupacion. Esta se verificó en las primeras horas de la noche, saliendo los soldados sanos custodiando á los heridos y á las trescientas familias blancas, que no habían querido hasta entónces abandonar su hogar. Esta larga caravana llegó á Peto á las dos de la tarde del dia siguiente, despues de haber contemplado en su tránsito el incendio á que Ichmul fué condenado por los indios, en pena de su resistencia. D. Eulogio Rosado tuvo noticia de este suceso durante su marcha, y tambien se dirigió á Peto, á donde llegó el 26, venciendo todos los obstáculos que amontonaron á su paso los sublevados.

Miéntas se verificaban estos acontecimientos en el sur de la península, el gobierno hacía varios esfuerzos para reorganizar la administracion pública y preparar algunos elementos de defensa. El primer cuidado de D. Santiago Méndez, luego que la sumision de Cetina puso fin á la revolucion, fué el de convocar al Congreso á sesiones extraordinarias. Esta asamblea se reunió el 20 de diciembre, y diez dias despues expidió un decreto en que para subvenir á los gastos que demandaba la guerra de bárbaros, impuso una contribucion especial á los propietarios, á los capitalistas, á los profesores de ciencias y artes, á los curas y sus ministros, á los empleados, y en fin á todos aquellos que gozasen de alguna garantía ó sueldo que no bajase de treinta pesos mensuales. La Legislatura expidió en seguida algunas otras leyes, entre las cuales se hallaba una amnistía concedida á los reos del último motin, y al fin se disolvió el 18 de enero, despues de investir al Ejecutivo de facultades extraordinarias.

D. Santiago Méndez hizo uso de estas facultades con toda la energía que demandaba la gravedad de las circunstancias. Llamó á las armas á todos los habitantes del

Estado: dió reglas claras y precisas para la formacion de batallones, de compañías y de piquetes: ordenó que ningun blanco pudiese separarse del pueblo de su vecindad durante la sublevacion indígena: concedió premios y recompensas á los que se señalasen en la campaña y decretó varias penas contra los desertores, los conspiradores y ladrones en cuadrilla. Tambien llamó á las armas á los indios que no quisiesen hacer causa comun con su raza, eximió de todo impuesto durante su vida á los que prestasen este servicio, abolió la contribucion religiosa para todos, y por último decretó una amnistía amplia y generosa en favor de todos los sublevados que depusieran su actitud hostil (5).

Además de todas estas medidas, D. Santiago Méndez procuró tambien dar parte en la administracion pública á los amigos más influyentes de D. Miguel Barbachano, con el objeto de hacer cesar la desunion que estaba dando pábulo á la guerra social y ocasionando la ruina del Estado. En ninguna parte era mas conveniente desarrollar este plan que en aquella region del sur, donde dominaba Jacinto Pat, conocido por barbachanista ántes de la sublevacion. D. Santiago Méndez lo comprendió así, y comunicó en este sentido sus órdenes á D. Eulogio Rosado, quien se hizo cargo de todas las fuerzas que se reunieron en Peto desde el 26 de diciembre en que llegó á aquella poblacion.

Este jefe, cumpliendo con las instrucciones que tenía, llamó al lado suyo á los barbachanistas, y especialmente se empeñó en halagar á D. Felipe Rosado, pariente suyo, que tenía una gran influencia en aquel partido. Residía éste ordinariamente en un rancho de su propiedad, llamado *Sacsucil*, y habiendo venido á Peto á instancias de D.

(5) Coleccion de Aznar, tomo III, página 177 y siguientes hasta la 194.

Eulogio, fué invitado de órden del gobierno á hacerse cargo de la jefatura política y de la comandancia de la guardia nacional de aquel partido. D. Felipe aceptó el segundo destino, pero no el primero, con gran sentimiento de su pariente, que hubiera deseado que aceptase los dos, con el objeto de que el público viera que era un hecho la union de los barbachanistas y mendistas, y se consagrarán todos á la defensa comun contra los bárbaros. Pero ésto era precisamente lo que no quería D. Felipe, á quien ninguna consideracion debía bastar para hacerle prescindir de sus afecciones personales hácia Barbachano.

Su nombramiento de coronel del batallon de Peto bastó sin embargo para alcanzar momentáneamente algunos de los frutos que se había prometido el gobierno, porque muchos de los desertores por causas políticas se presentaron entónces, viniendo á aumentar así el número de los defensores de la poblacion. D. Eulogio Rosado llegó á tener de esta manera mil seiscientos hombres bajo sus órdenes, y haciéndose la ilusion de que con ellos podría recobrar á Ichmil y hasta á Tihosuco, comenzó á hacer sus preparativos para esta expedicion. Pero los indios no le dieron tiempo para realizar su proyecto, porque saliendo repentinamente de su cuartel general de Tihosuco, asolaron y destruyeron algunas poblaciones del partido, despues de asesinar á varios de sus habitantes, y acabaron por fijarse en Jonotchel, que solo dista cuatro leguas de Peto. D. Eulogio Rosado se propuso recobrar inmediatamente este pueblo, haciendo salir de su campamento dos secciones, una de las cuales fué puesta bajo las órdenes del ayudante D. Angelino Gaudiano, y la otra á las del capitán del *Ligero* D. Diego Ongay. Ambas fuerzas emprendieron su marcha en la madrugada del 21 de enero, llevando caminos diferentes con el objeto de atacar en direcciones opuestas al enemigo. Pero habiéndose dete-

nido la de Ongay á media legua de Peto, la de Gaudiano se vió en la necesidad de retroceder, á pesar de que llegó á Jonotchel y se estuvo batiendo tres horas con los sublevados (6).

D. Eulogio Rosado que se había hecho algunas ilusiones sobre esta expedicion, no perdió sin embargo toda esperanza, porque las fuerzas que tenía á sus órdenes eran bastante numerosas para garantizar la seguridad de su campamento de Peto, el cual había sido convenientemente fortificado. Pero con gran sorpresa suya, al dia siguiente del fracaso de Jonotchel, desaparecieron de la villa D. Felipe Rosado y un gran número de sus amigos, juntamente con los soldados del batallon, que acababa de ser reorganizado. Quiso saber el origen de esta desercion, y entónces supo que su pariente D. Felipe había convocado en la noche anterior una junta de barbachanistas, en la que despues de haberse asegurado que los indios no tenían otro plan que el de restituir á D. Miguel Barbachano al poder, todos los concurrentes habían acordado retirar su apoyo al gobierno, dejándole abandonado á sus propios esfuerzos.

Había precedido á este conciliábulo, un suceso que consta en los documentos oficiales de la época y que explica suficientemente el partido que acababan de adoptar D. Felipe Rosado y sus parciales. Habiéndose esparcido el rumor de que circulaban algunos emisarios de los sublevados en los pueblos de Hocabá, Seyé y Hoctun, el jefe político sacó de Mérida una compañía de caballería voluntaria, la cual volvió pocos dias despues, trayendo algunos prisioneros, no indios, sino blancos, acusados de hallarse en connivencia con Jacinto Pat. Sujetóseles á una causa, y en seguida fué aprehendido D. José Dolores Cetina, en

(6) Periódico oficial citado número 17.

cuyo nombre y en el de Barbachano, se decía que se habían entablado relaciones con el jefe de los rebeldes. El Sr. Barbachano, que era presidente del Consejo en aquella época, expidió un manifiesto en que se vindicaba de esta acusación, y en cuanto al Sr. Cetina y los demás presos fueron puestos en libertad á fines de enero, cuyo hecho explicó el periódico oficial de la manera siguiente: "Por los datos que hasta ahora hemos podido recoger, resulta en sustancia que hallándose amenazados inminentemente Yaxcabá y Sotuta por los indios, y sabiéndose con verdad ó sin ella, que los bárbaros aclamaban en Ichmul al Sr. D. Miguel Barbachano y á D. José D. Cetina, algunas personas de los citados pueblos trataron interesar al segundo, por medio de D. Domingo Bacelis, para que entrase en relaciones con los indios, á fin de ver si se detenían y no atacaban aquellas poblaciones" (7). La verdad era sin embargo que los barbachanistas habían comenzado á desarrollar el plan de que hablamos en el capítulo anterior, y si el gobierno fingía no comprenderlo así, era porque esperaba que su lenidad desarmase á sus enemigos. Y para que ninguna duda quedase de que tales eran sus intenciones, por aquellos días dió de alta á los últimos oficiales que habían quedado sin colocación á consecuencia del pronunciamiento de octubre.

En los momentos en que eran puestos en libertad los presos de Hocabá, los bárbaros, alentados con su triunfo de Onotchel, comenzaron á posesionarse de los pueblos y fincas de las inmediaciones de Peto, y acabaron por sitiar á la misma villa. Poco cuidado habría dado este sitio á D. Eulogio Rosado en circunstancias anormales, porque aun tenía los elementos necesarios para defenderse; pero el rumor que circulaba entónces con mas consistencia que

(7) "La Union," ubi supra.

nunca, de que los indios no tenían otro objeto que el de restituir al poder á D. Miguel Barbachano, desanimaba á los defensores de la plaza é incitaba á la desercion. Los mismos indios daban pábulo á esta creencia, vítoresando unas veces al Sr. Barbachano desde sus posiciones y pidiendo otras conferenciar con los sitiados para manifestar que depondrían las armas si se abolía la contribucion personal y se moderaban los derechos parroquiales. Ninguna de estas manifestaciones era sincera, como probarémos mas adelante, y lo único que se proponían los sublevados, era mantener la division entre los blancos, con el objeto de dominar mas fácilmente sobre ellos.

La desmoralizacion que reinaba entre los defensores de la plaza, no impidió que D. Eulogio Rosado librara algunos combates contra los bárbaros. Dos que se empeñaron por los caminos de Nohecab y Tzucacab dieron un resultado satisfactorio, porque se le quitaron al enemigo varias provisiones de boca y dejaron el campo regado de cadáveres. Pero estos triunfos parciales no bastaron para alejar la sospecha de que los indios peleaban por una causa política, y las mismas fuerzas del *Ligero* en quienes tenía depositada su mayor confianza D. Eulogio Rosado comenzaron á desertarse del campamento. Esta desercion llegó á tal extremo, que hubo dia en que amaneciesen abandonados completamente varios de los puestos avanzados mas importantes. Algunos de estos desertores iban á parar al rancho Sacsucil, cuyo propietario D. Felipe Rosado vivía allí en union de otras muchas personas, que se reían de la guerra de indios y parecían esperar tranquilamente el triunfo del partido barbachanista.

D. Eulogio Rosado comenzaba á desesperar de la salvacion de Peto, porque no tenía confianza en ninguna de las personas que le rodeaban. Y no le faltaba ciertamente razon, porque solían hacerse algunos descubrimientos que

probaban claramente la inteligencia en que algunos partidarios de Barbachano estaban con los indios. Un día fueron sorprendidas en la misma villa algunas armas y mochilas que contenían pólvora y plomo, con esta inscripción: *para Jacinto Pat, ó para D. Felipe Rosado en Sacsucil*. La noria que proveía de agua á toda la tropa, se encontraba frecuentemente inutilizada, y por último fué aprehendido en la hacienda Thul un hombre blanco, de quien se dijo que iba á conferenciar con los indios. El Sr. Rosado ya no creyó posible entonces su permanencia en Peto y resolvió desocupar aquella plaza con el principal objeto de conservar la fuerza que aun permanecía fielmente bajo sus órdenes.

La desocupacion se verificó en la noche del 6 de febrero, saliendo bajo el amparo de la guarnicion un gran número de familias blancas, que expresaban con gritos de dolor el sentimiento que les causaba el abandono de sus hogares. Tal era sin embargo la persuasion que existía de que los indios peleaban en defensa de una causa política, que otras muchas familias se quedaron en la misma villa y sus inmediaciones, con la esperanza de que Jacinto Pat les daría todo género de garantías. En cuanto á los emigrados y á la guarnicion, llegaron al día siguiente á Tekax, sin que los indios los hubiesen hostilizado mucho durante su marcha; á pesar de lo cual dejaron en el camino la artillería y varios carros de parque, á causa del desorden con que se verificó la retirada. D. Eulogio Rosado no se atrevió á dirigir al gobierno ninguna comunicacion oficial sobre este suceso y se limitó á enviarle al coronel D. Gerónimo López de Llergo para que expusiese verbalmente los motivos de su conducta y pidiese al mismo tiempo que se mandase á otro jefe á relevarle (8).

(8) *La Union*, números 21, 22 y 23.—Baquero, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatan*.—Noticias adquiridas por el autor, de testigos dignos de todo crédito.

Profunda sensacion causó en Mérida la noticia de la desocupacion de Peto, porque se creía que con la guarnicion de mas de mil hombres que aun conservaba hasta principios de febrero, podría sostenerse algun tiempo mas en espera del refuerzo que se le estaba preparando. D. Santiago Méndez que aun residía en Maxcanú, puso inmediatamente una comunicacion á D. Miguel Barbachano, en que le confería la delicada mision de pasar al Sur para conferenciar con los indios, escuchar sus quejas y hacerles todas aquellas concesiones que creyese necesarias para que volviesen á la obediencia del gobierno y se restableciese la paz en el Estado. Si se tiene presente que los sublevados habían aclamado á Barbachano en Peto, con el objeto de justificar la preocupacion algo generalizada de que combatían por una causa política, no podrá ménos que llamar la atencion la habilidad de este paso, sea que su autor se hubiese propuesto el sincero objeto que expresaba su nota (lo que no tenemos ningun motivo para dudar) ó que hubiese querido poner en evidencia á su antagonista. D. Miguel Barbachano se apresuró á aceptar y el 8 expidió un manifiesto, en que despues de expresar que partía con gusto al desempeño de la mision que se le había confiado, excitaba á los yucatecos á unirse sinceramente para salvar al país del grave peligro en que se hallaba á causa de la sublevacion indígena.

Pocos dias ántes de estos sucesos, el Dr. D. José María Guerra, obispo de la diócesis, había publicado una pastoral dirigida en lengua maya á los indios, en que les hacía saber que había nombrado á los sacerdotes D. José Canuto Vela, D. Manuel S. Gonzalez, D. Manuel Ancona y D. Jorge Búrgos para que pasasen á escuchar sus quejas, á fin de exponerlas en seguida á las autoridades superiores del Estado y alcanzar el remedio que fuera posible. D. Miguel Barbachano salió de Mérida en union de estos

eclesiásticos en la tarde del 15 de febrero, llevando en calidad de secretario al magistrado D. Gregorio Canton y escoltado por una fuerza de caballería. Todos llegaron á Tekax en la noche del día siguiente; pero por aquella época se habían verificado ya algunos sucesos que comenzaron á hacerles dudar del éxito de su misión.

Después de la desocupación de Peto, fué cuando Jacinto Pat, jefe de los sublevados del sur, comenzó á desarrollar la política que formaba la base de sus planes de ambición. No deseando exterminar á la raza civilizada, sino dominarla, otorgó toda clase de garantías á los blancos y sus familias que permanecieron en aquella villa y sus inmediaciones, y entretanto continuó la guerra para ensanchar la esfera de la insurrección. Este último objeto se lograba sin ninguna dificultad, porque á medida que avanzaban los sublevados, se les incorporaban espontáneamente todos los indios de los pueblos, haciendas y ranchos por donde transitaban. Merced á este sistema, la sublevación indígena adquirió en el sur un impulso extraordinario desde principios de febrero, y todas las poblaciones y ricos establecimientos situados entre Peto y Tekax comenzaron á caer paulatinamente en poder de Jacinto Pat ó sus cooperadores. Estos últimos que eran los indios recientemente alzados, obraban bajo sus propias inspiraciones y cometían mayores atrocidades que todos los demás. Hé aquí cómo se expresaba una carta dirigida desde Tekax á un vecino de la capital: “Desde cuatro leguas de ésta para arriba, no queda ya piedra sobre piedra: ranchos, haciendas, cañaverales y todo cuanto ha podido ser presa de las llamas, ha sido condenado al fuego por estos caribes. . . . pero estos nuevos incendiarios no pertenecen á Pat ni á ninguno de los otros caudillos, sino que son criados alzados para quedar en paz con sus amos, unidos á algunos indios de por allá del despoblado, ó la

Laguna, que no reconocen jefe ni cosa que á ello se parezca” (9).

Una de las primeras víctimas de estos excesos, fué el mismo D. Felipe Rosado, por cuya imprudente conducta había sido abandonada la villa de Peto. Retirado á su rancho *Sacsucil*, donde como hemos dicho vivía ajeno de todo cuidado en unión de algunos barbachanistas y sus familias, se llenó de sorpresa y de terror cuando vió un día invadida su propiedad por una turba de sublevados. No habiendo podido organizar ninguna defensa, porque no estaba preparado para ella, los indios incendiaron el rancho y mataron ó mal hirieron á treinta y seis personas, entre las cuales se contaba un hijo del propietario. Los que consiguieron fugarse pasaron terribles zozobras, porque fueron perseguidos hasta en la espesura de los bosques (10).

D. Eulogio Rosado que continuaba encargado del mando de las tropas que operaban en el sur, no encontró otro medio mejor para contener los avances de los sublevados, que el sistema de guerrillas aconsejado por el general D. Martín F. Peraza desde el principio de la sublevación. Una que se dirigió á Tixmeuac, dispersó algunos grupos insignificantes de indios que encontró en su tránsito. Otra que fué puesta á las órdenes de D. Víctor García, y que fué destinada á Teabo, tuvo varios encuentros con los sublevados en el camino de Cantamayec, en el rancho S. Bonifacio, en el de Chulul, en el sitio S. Pedro y en la hacienda Xcopan, en todos los cuales causó grandes estragos al enemigo.

La guerrilla que fué destinada á Becanchén, tuvo una suerte desastrosa. Sitiada por los numerosos indios de la comarca, que habían tomado parte en la sublevación, se

(9) Periódico oficial número 24.

(10) El mismo periódico número 23.

vió al fin en la necesidad de retirarse, abriéndose paso á sangre y fuego entre los sitiadores. Otra guerrilla en fin que á las órdenes del oficial D. Laureano Pérez, salió de Tekax á consecuencia del suceso de Sacsucil, llegó hasta á las inmediaciones de Peto y batió con el mejor éxito posible á las partidas de sublevados que intentaron oponerse á su marcha. También se dirigió á Becanchén con el deseo de auxiliar á su guarnicion; pero cuando llegó allí, el pueblo había sido ya desamparado y reducido á cenizas.

Mientras tenían lugar estas expediciones, D. Miguel Barbachano comenzaba á dar desde Tekax los pasos necesarios para ponerse en contacto con Jacinto Pat, no obstante que la tragedia de Sacsucil debía de haber causado una honda decepcion en su ánimo. Pero para que se comprenda la importancia de las negociaciones que se iban á entablar con los sublevados del sur, se hace ya necesario dirigir una mirada al centro y al oriente de la península, donde la guerra social avanzaba por aquella época con pasos de gigante.

CAPITULO V.

1847-1848.

Invaden los indios el partido de Sotuta.—Incendian algunas poblaciones y otras son desocupadas por sus habitantes.—Antagonismo entre los partidarios de Méndez y Barbachano que embaraza la defensa.—El gobierno intenta remediar el mal, confiando el mando de las fuerzas á D. Alberto Morales.—Expediciones al campo enemigo.—Destruccion de Tábi.—Abandono de Yaxcabá.—Sitio de Sotuta.—La guarnicion se defiende por algunos dias y al fin se vé obligada á replegarse á Huhí.

La region conocida hoy en el Estado con el nombre de *línea del Centro*, fué invadida por los sublevados hácia el mes de diciembre de 1847. Poblada por los descendientes de Nachi Cocom y de los compañeros de Jacinto Canek, el odio á la raza blanca se conservaba allí con mayor viveza acaso que en ninguna otra parte de la península, y por este motivo sus habitantes indios tomaron una parte activa en la insurreccion desde que la desocupacion de Tihosuco les permitió ponerse en contacto con las hordas de Jacinto Pat.

La primera accion librada en aquella comarca, fué la de Tiholop, en la cual, segun dijimos en el capítulo anterior, D. Eulogio Rosado batió y dispersó á los sublevados.